



LA CIUDAD Y EL FANTASMA: EL MÉXICO ESPECTRAL DE JUAN VILLORO

María Verónica Gutiérrez
(Universidad Nacional de Salta)

Resumen. La literatura contemporánea ha dado cuenta del espacio como una instancia inseparable de la imaginación. El literato se ha vuelto un arqueólogo, un arquitecto, un urbanista. La escritura de Juan Villoro persigue también la ciudad. En este trabajo me centraré en el ensayo «Espectros de la ciudad de México» (2008-2009), que analizaré a partir de la noción de «espectro», utilizada por Villoro, y de algunas consideraciones sobre la idea de ciudad propuestas por Jean-Luc Nancy en *La ciudad a lo lejos*, consideraciones que permiten acercarse a ese espacio textual del DF propuesto por el escritor mexicano. La ciudad, como el espectro, no está en ninguna parte sostiene Nancy. La ciudad propuesta por Villoro, caótica, populosa, desmesurada, la «ultraciudad monstruosa», es, de alguna manera, la concreción de esa in-concreción que es la ciudad en tanto superstición, creencia, yuxtaposición de imaginaciones que quieren recorrerla.

Abstract. Contemporary literature has given account of space as an inseparable instance of the imagination. The writer has become an archaeologist, an architect, an urban planner. Juan Villoro's writings also pursues the city. In this paper I will focus on the «Spectra of the City of Mexico» (2008-2009) essay, which I will analyze based on the notion of «spectrum» used by Villoro and some considerations about the idea of the city proposed by Jean -Luc Nancy in *The City in the distance*, considerations that allow us to approach that textual space of the DF proposed by the Mexican writer. The city, like the specter, is nowhere to be found, says Nancy. The city proposed by Villoro, chaotic, populous, disproportionate, the «monstrous ultracity», is, in some way, the concretion of that in-concretion that is the city as superstition, belief, and juxtaposition of imaginations that want to roam it.

Palabras clave. México, Ciudad, Espectro, Literatura latinoamericana, Espacio

Keywords. Mexico, City, Spectrum, Latin American literature, Space

Los fantasmas tienen su potencia y esa potencia es una fuerza de desintegración. Si hay una potencia de-ser en los fantasmas es porque estos se mueven en el desierto (o páramo) como a través de un espacio agujereado: son la pura potencia del ser (o del no ser), nunca un límite, siempre un umbral. El fantasma está allí como señal de la inconformidad de toda caverna, de cualquier casa, y de lo infinito del mundo.

Daniel Link, *Fantasmas. Imaginación y sociedad*

1. El DF inasible

¿Qué es el fantasma sino un no-lugar, un movimiento infinito, difuso, y a la vez, potente, una imagen fuerza o imágenes fuerza, una figura insistente?

Juan Villoro vuelve obsesivamente sobre la ciudad, tal vez como una manera de confirmar eso que muchas veces ha dicho: que nunca nadie abandona el DF con la idea de la partida definitiva, que el mexicano rara vez piensa en irse para siempre.

En el ensayo «Espectros de la ciudad de México» regresa para pensar aquello que aparece ya en sus cuentos, novelas y crónicas y que definiría a la capital mexicana, su carácter espectral. Dice Villoro:

Una de las ciudades más grandes del mundo, México, DF, difícil de abarcar como entorno físico, se define cotidianamente por las representaciones que de ella hacen sus habitantes. Esto se remonta a la imagen fundadora que persiguieron los aztecas (el águila devorando una serpiente) y llega hasta los posibles contactos con extraterrestres. Las imágenes de la ciudad la traducen en otra, que responde a una lógica virtual, hecha de deseos y anhelos colectivos. El ornato -fundado en una estética del desecho- y la nomenclatura contribuyen a esta apropiación imaginaria de la urbe (Villoro, J. 2008: 1).

Todas las ciudades, sabemos, son también geografías imaginarias. Toda ciudad es imaginada por sus habitantes y el forastero, si quiere conocerla, debe adentrarse en el terreno de las imágenes y desplazarse por zonas que están más allá o más acá del trazado urbano¹. Imposible no pensar aquí en las *ciudades*

¹ Dice Néstor García Canclini en *Imaginario urbanos* (1997): «No sólo hacemos la experiencia física de la ciudad, no sólo la recorremos y sentimos en nuestros cuerpos lo que significa caminar tanto tiempo o ir parado en el ómnibus, o estar bajo la lluvia hasta que logremos conseguir un taxi, sino que imaginamos mientras viajamos, construimos suposiciones sobre lo que vemos, sobre quiénes se nos cruzan, las zonas de la ciudad que desconocemos y tenemos que atravesar para llegar a otro destino, en suma, qué nos pasa con los otros en la ciudad. Gran parte de lo que nos pasa es imaginario, porque no surge de una interacción real. Toda interacción tiene una cuota de imaginario, pero más aún en estas interacciones evasivas y fugaces que propone una megalópolis» (García Canclini, N. 1997: 88-89).

invisibles de Calvino. Pero México pareciera llevar esa condición a un extremo. México, como ninguna otra, nos dice Villoro, es un territorio espectral. El fantasma del DF pareciera estar recubriendo todo el tiempo no la ciudad burguesa sino la desaparición misma de la ciudad, la ciudad devenida no-ciudad, lo otro de una ciudad. Es decir, esa figura espectral que es México en realidad taponar un vacío, detrás de ella no hay nada, hay un imposible, un imposible de ciudad. El DF, por su movimiento, no puede ser otra cosa que un espectro. Sabemos que la interpretación, ligada al plano de lo simbólico, de los significantes, termina allí donde está el fantasma, o más precisamente, el fantasma es su límite, por eso es del orden de lo inclasificable o desclasificado y la capacidad de seducción es su lógica, de ahí que los habitantes de México sientan una irremediable necesidad de permanecer allí, o de retornar (el movimiento del fantasma es el *ritornelo*)²; no saben muy bien en qué consiste esa fuerza de seducción pero sucumben a ella: México seduce. Como las sirenas, monstruosidades que están fuera de toda clase (cf. Link, D. 2009: 12).

El origen de la ciudad de México está ligado con una imagen. Los fundadores perseguían una imagen, la de un águila devorando una serpiente, para levantar su ciudad. Es decir, en rigor, no hay relato fundacional sino imagen a la que luego se le adosan otras imágenes. México se edifica sobre esa aparición devoradora que es el anticipo de una ciudad que se devora a sí misma, desapareciendo, borrando sus límites, convirtiéndose en espejismo.

Nuestra megalópolis deriva de una imagen aparecida en el transparente aire de los 2,200 metros de altura.

De acuerdo con el mito, los fundadores perseguían una imagen para levantar su ciudad: un águila devorando una serpiente. Esta profecía visual debía ser encontrada en un sitio propicio. Se trataba, pues, de traducir la imagología en lugar de residencia [...].

Los aztecas encontraron al águila y la serpiente sobre un nopal, en un islote del Valle de Anáhuac (Villoro, J. 2008: 3).

México DF parece cumplir acabadamente con el movimiento que caracterizó, desde sus orígenes, a la ciudad: una deriva hacia su desaparición en tanto ciudad, hacia su anulación, hacia su transfiguración en algo que no es ya ciudad. Dice Jean-Luc Nancy en *La ciudad a lo lejos*:

² «El asedio es itinerancia espectral. La espectralidad como espacialidad epistémica reconoce como constitutiva de la subjetividad una referencia al otro que es radical, anárquica, abierta y asediante. El espectro no habita, no reside, no localiza ni puede ser localizado: los espectros merodean, frecuentan sin habitar de manera absoluta y permanente» (Katzer, L. 2014: 22).

La ciudad se aleja de nosotros, deviene otra ciudad, otra cosa que una ciudad: aún buscamos su medida, y el saber que hace falta para pasar por ella y alejarse con ella (Nancy, J. 2013: 15).

Ciudad incivil, urbanidad suburbanizada tanto como sobreurbanizada, henos aquí penetrando en otro mundo que ya no tendrá ciudades que podamos discernir sino otras conurbaciones, otras configuraciones, otros lugares simplemente, otras formas de tener lugar. Por haber mirado demasiado a la ciudad en el horizonte como esquema puro, como el monograma de la civilización, la perdimos de vista, o bien la imagen se volvió oscura, confusa, nebulosa, obstruida u obliterada. Ya no intentemos ver: escuchemos los rumores inauditos de la ciudad incivil, a lo lejos, muy cerca (Nancy, J. 2013: 14).

México, confusa y cubierta por una nube contaminante, realiza con creces aquello que Nancy adjudica a la ciudad desde sus inicios: su borradura, su desplazamiento hacia la desaparición, la disgregación hasta el límite.

Incluso en la villa romana, ligada todavía al campo y conformada por viviendas reunidas en torno a las necesidades del trabajo, está presente el impulso de disgregación propio de la ciudad. La ciudad deforma, desborda la ciudad antigua [*cit e*] y atraviesa los muros de la ciudad fortificada. La ciudad se desplaza continuamente hacia sus márgenes, hacia los suburbios, que ya no son la ciudad pero que forman parte de ella, transformándola.

[La ciudad] no se resume en la urbanidad, ni en el urbanismo, la ciudadanía, ni la civilidad. La ciudad no está civilizada: es más bien el corazón agitado, el ascenso y la arremetida de la *civilización*, entendida como movimiento y no como estado, como desbroce e invasión, desencadenamiento, fiebre, propagación y contagio [...] La ciudad designa hoy en día un conjunto de edificios de suburbio, con su territorio y sus referencias, lejos del "centro urbano" y lejos de la ciudad misma, trozo de ciudad distanciada de la ciudad, suelto como un *iceberg* a la deriva, flotando en un océano incierto (Nancy, J. 2013: 39).

Lo propio de la ciudad no es el lugar, esto es un puerto, la orilla de un río. El lugar puede ser importante en un inicio pero poco a poco la ciudad comienza a des-localizarse en una extensión difícil de delimitar. Lo propio de la ciudad es el intercambio y la circulación.

El DF es una ciudad imposible de asir, una ciudad que pareciera desbordarse infinitamente y tomar, en ese desborde, el nombre del mismo país que la contiene. Dice Villoro sobre esa deslocalización apote tica de México:

Con frecuencia, las megalópolis construyen una geografía imposible de asociar con la noción de «lugar». La ciudad de México participa de esta indefinición. En ciertas zonas, las únicas señas de identidad son los logotipos de neón. Sabes que circulas porque ya viste tres veces la eme parabólica de McDonald's.

[En el DF] la toponimia azteca alterna con nombres que en su mayoría aluden a la sangre derramada. Los héroes más reconocibles se reparten por el espacio con un criterio de hit-parade. Un prócer sólo significa si se repite mucho. La Guía Roji de 2005, nuestro más confiable atlas urbano, informa que hay 283 calles que se llaman Zapata en otros tantos barrios. Los nombres de la ciudad brindan la misteriosa seducción de lo ilocalizable. Para no quedarse atrás, nuestra estatuaria es nómada: la Diana Cazadora, la efigie de Cuauhtémoc, los Indios Verdes y el monumento ecuestre de Carlos IV, conocido como "El Caballito", han cambiado varias veces de ubicación (Villoro, J. 2008: 5).

Lo que se tiene de la ciudad es entonces más bien un fantasma, una figura espectral que intenta recubrir eso que es ya inasible. México es una inmensa extensión brumosa, cuyos límites son difusos o no están en ninguna parte: sus habitantes la imaginan, aunque sepan que no es cierto, casi ilimitada:

La dificultad de localizar una vastedad autocontenida, donde nada queda afuera y el aeropuerto está casi en el centro, ha traído una peculiar cultura compensatoria. Incapaz de lidiar con los desastres reales, el capitalino los exagera para dominarlos como fábula. Todos los días alguien repite que habitamos la ciudad más grande del mundo. Aunque esto sea falso tanto en lo que se refiere a la superficie construida como al número de habitantes, preferimos el récord que nos califica de excepción. En nuestro esotérico enfrentamiento con el destino suponemos que la singularidad salva (Villoro, J. 2008: 9).

Recordemos que lo imaginario tiene que ver con la fase del espejo, con la construcción de la imagen para que lo real se haga soportable. Las imágenes urbanas que los mexicanos construyen conjuran lo insoportable, no importa si esas imágenes son reales o no, lo que importa es que son efectivas. Lo que hay son superposiciones que quieren poner un sentido allí donde ya no lo hay: los habitantes de la capital mexicana se desplazan por una zona espectral.

En la ciudad de México no hay nada que remita a la unidad, todo allí es disgregación: México es de alguna manera incognoscible e inabarcable³. Por eso, la relación de los sujetos con la ciudad es fantasmática. La fantasmagoría torna soportable la violencia, el deterioro, la contaminación, el no lugar, la deslocalización total. «La inhabitable capital de México mejora como espectro», dice Juan Villoro. El fantasma está en el punto de articulación con lo que no puede entrar al orden de lo simbólico. Por eso el fantasma tranquiliza, como tranquilizan las fantasías diurnas, recubre lo inabarcable, lo desclasificado. Pero, al mismo tiempo, puede mostrarlo. En ese sentido, la gran pregunta que recorre el ensayo de Villoro, y que recorre muchos de sus textos, es ¿Qué es México? Hay ciudadanos que no conocen ciertas zonas de la ciudad y que no las conocerán nunca, porque esa ciudad-monstruo es inabarcable y, por eso, incognoscible. Hay algo que no puede, entonces, acceder a lo simbólico y por eso la imagen, el fantasma, el espectro o los espectros que la recorren y la sostienen sobre sus ruinas. La relación de los mexicanos con su ciudad es especular, pues ella es imposible de decir. La presencia es de imágenes y no de palabras: y vuelve una y otra vez la imagen de la fundación, el espectro del águila y la serpiente, el espejo mexicano de la autofagocitación.

El DF recuerda esas ciudades americanas perseguidas por la imaginación de los conquistadores, esos territorios fabulosos que el imaginario europeo renacentista proyectó sobre el Nuevo Mundo: El Dorado, Las Siete Ciudades de Cíbola, «ciudades imaginarias cuyas fronteras se desvanecen frente a la mirada de los viajeros y conquistadores, sin llegar nunca a materializarse» (Heffes, G. 2008: 30). El viejo mundo arroja en América deseos, proyectos utópicos, terrores; sirenas, amazonas y hombres con cabeza de perro, o gigantes patagones. En fin, una colección de imágenes que en la época se asociaban a los lugares ignotos, a los espacios liminares, a aquellas tierras que limitaban con el vacío. Para los europeos del siglo XVI América es una fantasmagoría y es un territorio que tiene que ver, sin dudas, con el deseo. América es la tierra situada más allá de la Mar Océana, del *non plus ultra*. Por eso México puede inscribirse en esa genealogía fantasmática de ciudades americanas que desvelan a los viajeros o a quien intente atravesarlas. Los territorios y las ciudades como El

³ García Canclini señala esa particularidad del espacio urbano mexicano de disgregarse, particularidad que es de toda ciudad, más aún de las megaciudades, pero que alcanza en la capital de México una realización impactante: «Así nos resituamos en una ciudad diseminada, una ciudad de la que cada vez tenemos menos idea dónde termina, dónde empieza, en qué lugar estamos. En los estudios con pobladores de la ciudad de México vemos una bajísima experiencia del conjunto de la ciudad, ni siquiera de la mitad, ni de la cuarta parte. Cada grupo de personas transita, conoce, experimenta pequeños enclaves, en sus recorridos para ir al trabajo, para ir a estudiar, para hacer las compras, pasear o divertirse. Pero son recorridos muy pequeños en relación con el conjunto de la ciudad. De ahí que se pierda esta experiencia de lo urbano, se debilite la solidaridad y el sentido de pertenencia» (García Canclini, N. 1997: 82).

Dorado, el País de Meta, el país de las Amazonas, que cambian de escenario y se hacen ubicuos (cf. Aínsa, F. 1997: 74), y la ciudad de México, inapresable por su extensión, están hechos, en algún punto, de la misma materia, de imágenes, de espejismos. La imaginación europea proyectó en las Indias Occidentales el archivo de lo desconocido y produjo una suerte de velo que fue recubriendo, y obturando, la realidad descubierta, hasta producir otra cosa, un fantasma, un territorio hecho de anhelos que les devolvía a los viajeros la imagen de sí mismos como en un espejo. América fue una invención europea y la Europa moderna se construyó también en suelo americano.

Daniel Link en *Fantasmas. Imaginación y sociedad* (2009) vincula a Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, imagen estructurante de los mexicanos, con otras imágenes-fuerza del orden de lo imaginario: las sirenas y la serpiente del ritual que Aby Warburg estudia en *El ritual de la serpiente*:

La serpiente del ritual al que Aby Warburg dedicará su atención paranoica es pariente muda de las sirenas clásicas, Quetzalcóatl, la serpiente emplumada de México, encarna el dualismo intolerable (memoria jurásica) entre el ave y el reptil. Sin llegar tan lejos en identificaciones imaginarias, las sirenas chapotean en algunas lagunas y ríos de los Andes y, naturalmente, en el Amazonas, donde se llaman yakurunas (Link, D. 2009: 23).

2. La traducción y el simulacro

México es una traducción en el sentido de superposición. Traducir es lo que hace un taxista que lleva a Villoro hacia alguna parte o hacia ninguna de la capital mexicana. El taxista quiere hablar de Chicago, una ciudad en la que vivió unos años y como Villoro no la conoce, el hombre recurre a una analogía con el DF⁴:

Una tarde, un taxista se refirió al frío como metáfora fundacional de su teodicea. La nieve que no veíamos por ninguna parte fue su pretexto para entrar al tema de interés: Chicago, la ciudad donde trabajó varios años. Me preguntó si la conocía. Le dije que no y sonrió con la felicidad de las anunciaciones. A continuación, quiso explicarme cómo era Chicago. Para que yo entendiera, tradujo una ciudad en otra. Ningún toponímico de Chicago podía tener sentido para mí. Así las cosas, me contó que en el Estadio Azteca jugaban los Osos, Paseo de la Reforma

⁴⁴ El relato de este viaje fantasmagórico por un DF-Chicago aparece también en la crónica «Chicago».

se llamaba la Milla Magnífica y en el bosque de Chapultepec no había cisnes sino patos salvajes que venían de Canadá. Los chinos prósperos vivían en Ecatepec, los negros en Ciudad Satélite y los chicanos cerca del mercado de La Merced. El Zócalo estaba rodeado de pizzerías de italianos y la Iglesia de Santo Domingo era una sinagoga (Villoro, J. 2008: 12).

Sus palabras construyeron una urbe de fábula: Chicago, Distrito Federal. Cuando me despedí, me dijo que la plática le había dado nostalgia. “¿De Chicago?”, le pregunté. “¡No’mbre: del DF!”, respondió, y desapareció rumbo a la ciudad transfigurada. Aquel taxista atravesaba un espectro absoluto, un mapa superpuesto (Villoro, J. 2008: 13).

Esa operación de traducción que hace el taxista, DF-Chicago, esa operación de superposición que hacen los mexicanos según Villoro, es del orden de lo imaginario. Aquí no hay metáfora de la ciudad sino analogía, y si la metáfora pertenece al orden de lo simbólico, la analogía permanece en lo imaginario.

Las dos figuras de la ciudad son también «talismanes fantasmáticos». La Virgen de Guadalupe y la estatua de Tláloc. Los datos de la aparición de la virgen son tan endeble, afirma Villoro, que fueron cuestionados por la misma Iglesia. Pero ahí está esa figura que «existe como un eficiente simulacro, según demuestran los 9 millones de feligreses que la visitan el 12 de diciembre [...] La Guadalupana puede ser puesta en duda como verdad histórica pero no como representación» (Villoro, J. 2008: 8). La otra es una figura prehispánica. Tláloc es el dios de la lluvia emplazado afuera del Museo de Antropología. Cuenta Villoro que cuando el monumental Tláloc fue traído a la ciudad, en México no paró de llover y llovió en cada sitio por el que la estatua del dios pasó. Se comprobó luego que la imponente figura no era la del dios de la lluvia sino de algún otro dios o una divinidad inventada para ser emplazada fuera del Museo. Sin embargo, para los mexicanos, Tláloc tomó la figura ese dios inventado, del simulacro que hizo llover.

Lo que Villoro llama «nacionalismo ornamental» es también una muestra del carácter espectral de la ciudad. La imaginación popular hace del desecho ornamento, de lo inútil y roto un adorno. La función de esos objetos desapareció pero ahí queda la ruina⁵ como ornamento, como marca de una ausencia, no como huella o señal sino como simulacro que se erige como rodeando lo que ya no está. La imagen que escoge Villoro es esta: “una pantalla de televisión con una guirnalda de focos de árbol de navidad y la cabeza de un muñeco en la antena (el

⁵ La relación entre ciudad y ruina aparece como nota fundamental de otra de las ciudades latinoamericanas contemporáneas: La Habana. La ciudad como ruina aparece con insistencia en la literatura cubana post-soviética, en autores como José Antonio Ponte, Leonardo Padura o Mirta Yáñez.

rasgo estético es que la televisión no funciona pero los focos sí”. La ruina tiene la consistencia de un fantasma, es lo deshabitado, lo vacío, la pérdida. El «nacionalismo ornamental» está hecho de restos, de residuos que han sido desprendidos de la totalidad de la que formaban parte para pasar a integrar, a la manera de un *collage*, algo que no es una totalidad sino una discontinuidad o un movimiento que está del lado de lo imposible de clasificar⁶. Más que la desaparición de la función de cada uno de los elementos que componen el «ornamento» mexicano, hay una redistribución de las funciones y cada parte se encuentra cumpliendo una función extraña, anómala, aberrante. Pero ahí están, artefactos desorganizados, espectros cotidianos que reduplican en miniatura lo espectral de la urbe que los contiene.

Villoro vuelve obsesivamente a la ciudad de México, a esa megalópolis construida sobre ruinas prehispánicas y ahora ruina de sí misma en tanto ruina de ciudad. México es un simulacro colectivo, un espejismo que hace tolerable el desborde perpetuo, la ciudad que no deja de alejarse para ser otra cosa que ella misma.

Bibliografía

Agamben, G. *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*, Valencia, Pre-Textos, 1995.

Aínsa, F. «El mundo nuevo en la imaginación europea: la utopía de América», en Darío Puccini y Saúl Yurkievich, *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica*, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

_____, *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2002.

García Canclini, N. *Imaginario urbanos*, Buenos Aires, Eudeba, 2010.

Heffes, G. *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoamericana*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2008.

Katzer, L. «La colonialidad etnopolítica entre sus “restos”. Notas desde la espectralología», en Laura Catelli y María Elena Lucero (editoras.), *Materialidades (pos)coloniales y de la (de)colonialidad latinoamericana*, Centro de Investigaciones y Estudios en Teoría Poscolonial, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 2014, pp. 22-31.

⁶ Lo kitsch, que forma parte según Carlos Monsiváis de la sensibilidad mexicana, también tiene relación con este imposible de clasificar o lo des-clasificado del «nacionalismo ornamental» al que se refiere Juan Villoro, y por ello, con lo espectral y con la fuerza que lo espectral condensa.

<https://drive.google.com/file/d/0B6SivRdCYV3jTTgySUzMDfHMUE/view> (E-BOOK) (Fechas de consulta: 18/10/2017).

Lacan, J. *La lógica del fantasma*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

Link, D. *Fantasmas. Imaginación y sociedad*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2009.

Nancy, J. *La ciudad a lo lejos*, Buenos Aires, Manantial, 2013.

Miller, J. *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*, Buenos Aires, Manantial, 1986.

Villoro, J. *¿Hay vida en la Tierra?* Buenos Aires, Marea Editorial, 2013.

_____. «Espectros de la ciudad de México», *Revista Doletiana, Revista de traducció literatura i arts*, n. 2. 2008-2009.